

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 8: EUCARISTÍA: MANANTIAL DE IGLESIA, FAMILIA, SOCIEDAD

1)	INTRODUCCIÓN.....	1
2)	IMÁGENES BÍBLICAS	1
3)	¿QUÉ SIGNIFICA TODO ESTO A LA HORA DE VIVIR LA EUCARISTÍA?	3
4)	LA EUCARISTÍA, NUEVA TIERRA PROMETIDA	3
5)	ÁMBITOS EUCARÍSTICOS	5
6)	CONCRETANDO	6
7)	PRÁCTICAS	6

1) *Introducción*

La Eucaristía ha recibido varios nombres a lo largo de la historia. Uno de ellos es “pax”, paz. ¿Por qué se le llama así? Aquí la paz se entiende en su significado pleno, que procede de la Biblia. La paz es *shalom*, es decir, abundancia de comunión en la tierra prometida, que Dios dará al final de los tiempos. La Eucaristía es paz porque unifica, porque es cimiento de una patria, de una ciudad común, de cada familia.

Vamos a fijarnos en la Eucaristía no solo como don que enriquece a cada uno que la recibe, sino como fortalecimiento de nuestras relaciones y como luz para ordenarlas bien. Aunque a veces un sacerdote diga misa solo, sabemos que no hay ninguna misa solitaria, sino que en esa misa se hace presente toda la Iglesia. Del mismo modo, nunca vamos solos a Misa, sino que acudimos con todas nuestras relaciones, y las presentamos a Dios. En la Misa, de hecho, nace la Iglesia, nace nuestra familia, nace la patria entera.

Esto es importante en un mundo en que, después de oír muchas veces que “al virus le vencemos unidos”, seguimos sin entender *qué nos une*. El miedo no basta para crear unión duradera. Ni tampoco la utilidad mutua, que podría desaparecer, cuando la presencia del otro se hace costosa o pesada. Si la fuente de unidad no está más honda, en un amor que nos precede y genera, será fácil dividirnos. ¿Cómo viene de la Eucaristía esa unidad?

2) *Imágenes bíblicas*

Comencemos con algunas imágenes bíblicas que nos ayudan a imaginar lo que sucede en la Misa. En primer lugar, la creación del mundo. Dios lo estableció al principio de los tiempos, con su Palabra: “¡hágase la luz! Y la luz se hizo”. Acto seguido fue creando los demás seres, con culmen en el hombre y la mujer. Y, ¿qué



fue lo último que hizo Dios antes de descansar? Lo último fue entregar al hombre todo árbol que da fruto según sus semillas, mientras que a los animales concedió sólo la yerba verde. Dios termina su creación confiando al hombre el futuro que hay en las semillas. Y en ese último don se incluye el trigo y la vid, fruto de la tierra. En esto se incluye el mandato al hombre para que trabaje lo que ha recibido. La Eucaristía se intuye ya al final del Génesis y, al aparecer como semilla, abre el camino del fruto que se propaga en el futuro.

Unida a la creación del mundo encontramos la historia del diluvio, cuando el mundo se recrea tras el arca de Noé. En esta tierra nueva, Noé planta la vid e inventa el vino. Esta nueva tierra es capaz de dar fruto y, con el trabajo del hombre, produce una bebida misteriosa, que puede tener por efecto una borrachera, pero que también indica la alegría de la alianza firme entre Dios y la tierra, simbolizada por el arco iris. La Eucaristía se insinúa ya, tanto en la creación del mundo, como en su recreación después del diluvio.

También el peregrinaje del Pueblo hacia la tierra prometida nos muestra ese nexo entre tierra y pan. En el desierto se recibe el maná, por el que no se trabaja y que tampoco se almacena. Pero cuando se llegue a la tierra prometida el maná cesa. Pues ahora se posee la tierra misma, que se confía al trabajo del hombre. Jesús se sitúa en esta perspectiva en su discurso del pan de vida (*Jn 6*). Allí, en efecto, pide ayuda al muchacho (mientras que el maná venía todo él del cielo). Y pide también recoger los cestos que sobren (lo que no estaba permitido con el maná). La Eucaristía no es simplemente maná, caído del cielo sin esfuerzo, sino fruto que nos dona la tierra, porque la Eucaristía es ella misma una tierra nueva donde arraigarse y florecer.

Por último, tomamos una imagen del fin de los tiempos: el Apocalipsis. Apocalipsis significa “revelación”. El biblista Scott Hahn ha dicho que esta “revelación” consiste en quitar el “velo” nupcial, es decir, el velo de la esposa, la nueva Jerusalén que, al final del libro, desciende preparada para la boda. Esta nueva Jerusalén es una ciudad “cuya lámpara es el Cordero”, y que representa la plenitud final de la Iglesia. Podemos decir también que la nueva Jerusalén nace en cada Eucaristía. De hecho, al final de la Misa, se nos llama dichosos a quienes hemos sido invitados a la cena del Señor, que es la cena de bodas del Cordero, el que quita el pecado del mundo.

Todo esto nos invita a ver la Eucaristía como una nueva creación, la creación de la Iglesia. También aquí un nuevo mundo se crea por la palabra de Cristo. También sopla su Espíritu, cuando el sacerdote cubre con sus manos los dones, en la llamada “epiclesis”. También de aquí surge un orden, el orden del Pueblo de Dios, salvado de las aguas del mal, puesto sobre tierra firme, formado según la imagen y semejanza de Dios... También aquí la tierra es fecunda, capaz de abrir dar alimento en cada estación y de abrir así un futuro próspero.

El mismo poder que obró al crear Dios el mundo obra ahora al recrear Dios el mundo en su Eucaristía. E igual que en la creación del mundo se inauguró también la semana de siete días, en la Eucaristía empieza a contarse el tiempo del Resucitado. Su centro es el domingo, que constituye a la vez el primer día y también el octavo, porque inicia el tiempo y lo supera, más allá de este mundo.

3) *¿Qué significa todo esto a la hora de vivir la Eucaristía?*

Solemos ver la Eucaristía como fuerza que se nos da para el camino. Y esto no es falso: Elías, con el alimento que le dio Dios, caminó cuarenta días con sus noches. O también vemos la Eucaristía como una iluminación que alumbra los pasos. Tampoco esto es falso: en la Eucaristía escuchamos palabras que dan sentido a nuestra vida y nos entregan la clave para saber amarnos: las lecturas, las palabras de la consagración, el Padrenuestro...

Ahora bien, hay otro aspecto de la Eucaristía que a veces se nos olvida. Antes que ser luz y fuerza, la Eucaristía es edificación del cuerpo de Cristo. San Pablo lo enseñó así en su carta a los Corintios: “porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (1Cor 10,17). Por eso vamos a la Eucaristía no solo como quien va a un banquete, sino como quien va a edificar una casa, una ciudad, una patria. Lo que edificamos es la Iglesia, desde la cual se edifica después nuestra familia, ciudad, patria. No se trata solo de comer, sino ante todo de habitar, de disponer un lugar donde los banquetes son posibles. Tras cada Eucaristía se asienta más nuestra unidad, se robustecen nuestros vínculos, y aunamos nuestros caminos hacia una meta común.

Podemos decir que la Eucaristía no es solo algo de pan que se nos comunica, sino una tierra nueva que da mucho trigo. Pues si nos dan pan, este termina por acabarse, mientras que si nos dan una tierra, nunca se acaba el pan, con tal de que la reguemos y cultivemos. En la Biblia se promete a Israel que edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto (cf. Is 65,21). Pues bien, esto llega a cumplimiento en la Eucaristía. ¿Cómo sucede?

Lo vemos ya cuando Cristo dice “mi cuerpo por vosotros”. Su “cuerpo por nosotros” no es simplemente fuerza para el camino, ni tampoco solo la cercanía de su presencia personal. En la Biblia la unión que se da en el cuerpo es ante todo la unión familiar. Somos un cuerpo con los miembros de nuestra familia. Por eso, cuando Jesús dice: “este es mi cuerpo por vosotros”, está instituyendo una nueva familia. Lo que nos está diciendo es: “tomad, esto es mi familia, os la entrego para que, en ella, podáis introducirlos, respirar su ambiente, vivir mi entrega...”

Lo vemos también cuando Jesús nos da a beber “la sangre de la alianza”. Esta sangre no es solo vida que nos infunden, sino que tiene que ver con una alianza o pacto. En la “alianza en la sangre” se puede ver la alianza matrimonial, donde hombre y mujer unen su sangre en la sangre del hijo. El vino no nos da solo calor y alegría, sino una comunión viva donde se entrega y recibe todo, donde se inicia el proyecto común de levantar un hogar.

Esto significa que la Eucaristía no solo nos toca como individuos, sino que Ella transforma nuestras relaciones. Cuando comulgamos, comulga nuestra vida juntos, comulga nuestro amor. Entendemos ahora mejor que la Eucaristía se haya llamado “paz”.

4) *La Eucaristía, nueva tierra prometida*

Consideremos ahora cómo se vive todo esto en la liturgia eucarística, donde se nos recuerda que la Eucaristía es la nueva tierra prometida. Veamos algunos elementos comunales:



- En la Misa vemos, en primer lugar, que *la comunidad tiene un orden*. La distinción más clara se da entre el presbiterio, donde están los sacerdotes, y el pueblo fiel. Además, en las oraciones se nombra al obispo y al Papa, que son fundamento de unidad de la Iglesia. Todo esto nos indica que la Eucaristía nunca es privada, sino que nos une con todos los bautizados.

- Esto se hace visible además en *la arquitectura de las iglesias*. Antiguamente, y aún hoy en muchos casos, los templos estaban “orientados”, es decir, apuntaban a Oriente, símbolo de Cristo que viene a juzgar y a salvar. De este modo el pueblo reunido en la Misa no está ahí parado, sino que peregrina hacia su meta. De hecho, el altar representa a Cristo, la roca, que media entre este mundo presente y la patria definitiva, que se representa en el ábside. Allí es preferible que aparezcan motivos celestes, de la gloria hacia la que caminamos. La estatua de María se suele situar en medio, como cuello que nos une a la cabeza, Cristo.

- Gracias a la unión de los fieles, expresada en la arquitectura del templo, se puede profesar una misma fe. Esto aparece en el *Credo*. La dimensión eclesial del Credo se descubre sobre todo cuando éste se reza en la forma de pregunta y respuesta. La confesión de fe toma entonces la forma de una invitación o llamada a la fe: “- ¿Creéis? - ¡Creemos!” Así, se pone de relieve que no podemos profesar la fe por nosotros mismos, sino que alguien tiene antes que preguntarnos, tiene que invitarnos a creer. Así, como decía Benedicto XVI: “el que cree nunca está solo”, porque la fe es apertura a alguien que nos invita a apoyarnos en Él y a construir juntos una vida grande.

- La “pax” que nace de la Eucaristía se encuentra también en la *consagración*. Allí el pan y vino se transforman en el cuerpo de Cristo. Pero esto no es todo lo que sucede. Hay, además, otra transformación, cuando el cuerpo de Cristo genera el cuerpo de los cristianos, que es la Iglesia. Por eso decía san Agustín que, en la ofrenda de la Iglesia, la Iglesia se ofrece a sí misma, porque Ella misma es el cuerpo de Cristo que se eleva al Padre. La gracia última que produce la Eucaristía es la unidad entre nosotros y con Dios, desde la unidad con Cristo. Antes que ser comida la Eucaristía consiste en edificar una morada.

- La Misa, en fin, une a vivos y muertos, como recordamos en el *memento de difuntos*. La Misa une a la Iglesia que lucha en esta tierra con la Iglesia que purga o que goza ya de la gloria. Desde la Resurrección de Jesús, el confín entre vivos y difuntos ya no es la muerte, que ha quedado abolida, sino el distinto modo de pertenecer al cuerpo de Cristo. Nosotros, en la Iglesia militante, pertenecemos al cuerpo de Cristo desde nuestro cuerpo mortal, unidos a sus heridas y a sus huellas terrenas. Los que están en el cielo se unen al cuerpo de Cristo en su gloria. Todos, vivos y difuntos, nos encontramos en la Eucaristía, porque, mientras la muerte es una frontera que separa, el cuerpo de Cristo es un confín que une.

- El *rito de la paz* nos descubre también esta comunión de la Eucaristía. En algunos ritos cobra más fuerza, porque la paz parte del sacerdote, que besa la hostia consagrada y luego va repartiendo esta paz al pueblo. Es algo parecido a cuando se encienden las velas en la liturgia pascual. De este modo queda claro que la paz es la que recibimos del Señor, como dice la oración que precede al signo: “Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: la paz os dejo, *mi* paz os doy...” Esta paz es posible porque la Eucaristía es nuestra paz, que nos ha unido con Dios y, en consecuencia, nos ha unido entre nosotros.

- Añadamos otro rito, ya fuera de la misa. Precisamente porque en la Eucaristía se edifica una morada, el Señor sigue presente al terminar la Misa. Es un punto en que nos diferenciamos de los protestantes, para quienes Jesús solo está presente para comulgar y, si nadie más comulga, se queda solo en pan, y no hay sagrario, ni procesión del Corpus. Han olvidado que la Eucaristía no es solo banquete, sino edificar una morada de relaciones con Jesús al centro. Y la morada no desaparece, sino que lo propio suyo es permanecer. El sagrario queda para que lo adoremos, como una morada donde se está bien y que se expande en otras moradas. Y en la procesión del Corpus este sagrario toma las calles de la ciudad, para enseñarnos que desde la Eucaristía nace una forma de vivir la comunión, una forma plenamente humanizadora de ser familia, ciudad, patria.

5) *Ámbitos eucarísticos*

Repasemos, por último, algunos ámbitos en que la Eucaristía toca y modela nuestras relaciones.

a) La Eucaristía nos ayuda en primer lugar a vivir en la Iglesia. Si partimos de la Eucaristía queda claro que no somos nosotros quienes hemos formado la Iglesia. Y tampoco somos nosotros quienes la transformamos o reformamos. La fuente de la Iglesia es la Eucaristía, la cual no cae bajo nuestro dominio, porque es el lugar donde la Iglesia se genera. Por eso se ha dicho que la Iglesia no se reforma, sino que *renace*, es decir, nace cada día de nuevo de una fuente más alta. Reformar la Iglesia es devolverle su forma eucarística. Es lograr que todo lo que se vive en ella se pueda reconducir más fácilmente a la Eucaristía.

Esto nos da gran esperanza en la Iglesia en este tiempo difícil. Parece que todo es negro y que a la Iglesia solo le queda defenderse de tantas acusaciones. La Iglesia ni siquiera podría predicar el Evangelio, se dice, porque es obvio que no lo vive. Frente a ello hay que afirmar que las fuentes de la Iglesia son santas, porque son la Eucaristía y los demás sacramentos. En estas fuentes está también el perdón, porque la Iglesia reconoce que está formada por miembros pecadores. Desde esa santidad perdonadora de la Iglesia ha brotado a lo largo de la historia un inmenso bien social que nos ha enseñado a amar, a prometer, a perdonar, a habitar el mundo. Cada Eucaristía nos da ojos para reconocer ese bien, en medio de las persecuciones del mundo.

b) En segundo lugar, la Eucaristía toca la vida familiar. Pensemos en lo que ocurre al comulgar. Cuando el sacerdote dice: “¡el cuerpo de Cristo!” nos invita a confesar que nosotros somos miembros del cuerpo del Señor, es decir, de la Iglesia. Al decir “¡Amén!” estamos diciendo: “Sí, yo pertenezco a ese cuerpo y, por tanto, quiero vivir como miembro de esa familia, aceptando el modo propio de vivir de la familia de Jesús”.

Pues bien, esto implica que, al decir: “¡Amén!” estamos aceptando también el cuerpo de nuestro esposo y esposa, con quien somos una sola carne por el matrimonio. Es decir, decimos: “sí, quiero vivir mi matrimonio según el amor de Cristo”. Y lo mismo con nuestros hijos o padres: “Sí, quiero educar a mis hijos, o quiero honrar a mis padres, según el temor de Cristo, porque somos miembros los unos de los otros”.

c) Por último, la Eucaristía es también fuente de vida social. Los cristianos transformaron la sociedad desde la Eucaristía. Viviendo la Eucaristía, aprendían formas de relacionarse entre ellos que luego traspasaban a la vida pública.

La Eucaristía, por ejemplo, nos enseña que estamos unidos por algo que nos precede y que nos es donado. No nos unen solo nuestras decisiones ni nuestros consensos, sino el cuerpo de Cristo que se nos entrega y nos hace uno. Desde aquí puede entenderse que en la sociedad la unión entre los hombres se basa sobre una dignidad de cada persona que nadie puede otorgar ni quitar, porque pertenece a los cimientos de nuestra vida común.

Como hemos visto, esto se ve con especial fuerza en la fiesta del *Corpus Christi*, cuando sale a la calle la procesión con el Santísimo. En esta fiesta se hace visible, de manera excepcional, una verdad que está presente en cada Eucaristía. Se trata de que la Eucaristía tiene valor y peso en la vida pública, de que no es ajena a lo que sucede en la ciudad y en la patria. Cada Eucaristía es, por sí misma, un acto político, en el sentido de acto “ciudadano” (polis = ciudad), es decir, un acto que tiene influjo social, que fundamenta el bien común.

6) **Concretando**

1. Comenta las razones por las que la Eucaristía fortalece nuestros vínculos familiares.

2. ¿Qué imagen bíblica te ayuda más para comprender el modo en que la Misa genera vínculos?

3. Señala qué ámbito comunal de la Eucaristía te ha llamado más la atención.

4. Explica y comenta la conexión Eucaristía-familia-Iglesia-sociedad. ¿Qué ocurre cuando se rompe esta vinculación?

7) **Prácticas**

- Acudir un rato en familia (o también con otras familias) a la adoración eucarística y poner ante él nuestros vínculos, viendo cómo desde el sagrario emana una forma de hacer hogar y de edificar nuestra familia de familias.

- Aunque será en junio, se puede ya reservar la fecha del *Corpus Christi* y acudir en familia, manifestando así que la Eucaristía da forma humana a la ciudad. En este tiempo en que la sociedad vive el lema abortista “*my body, my choice*” (“mi cuerpo, mi decisión”), sale a las calles y plazas un cuerpo con otra lógica: “mi cuerpo por vosotros”.